

IGLESIA Y GOBIERNO CIVIL

Daniel Tomberlin, DMin.

El ascenso de la cristiandad

Durante sus primeros tres siglos, la Iglesia cristiana existió dentro del Imperio romano como una secta poco tolerada, a veces perseguida y muy incomprendida. Las autoridades romanas tomaron comuna amenaza política la confesión cristiana de que «Jesucristo era el Señor». El Imperio romano toleraba la diversidad religiosa siempre y cuando no atentara contra los intereses del Estado ni la devoción al emperador.

La conversión de Constantino cambió el estatus de la fe cristiana en el imperio. El Edicto de Milán (d. C. 313) legalizó el cristianismo y los obispos cristianos se convirtieron en asesores imperiales. Décadas más tarde, el emperador Teodosio I emitió el Edicto de Tesalónica que convirtió al cristianismo en la religión oficial del Imperio romano. Tanto Constantino como Teodosio veían la religión como un vínculo sociopolítico que promovía la unidad dentro del imperio. Tras la caída de Roma, los obispos cristianos se convirtieron en los administradores *de facto* de las ciudades-estado a lo largo de la Europa medieval.

Agustín y su obra, *La Ciudad de Dios* (circa 425 d. C.), influenció la imaginación religiosa y política de la Europa medieval porque sugería que la sociedad humana estaba compuesta por las ciudades temporales de la historia humana, personificadas por Roma y la ciudad eterna de Dios. Las dos ciudades están integradas. Las ciudades humanas inevitablemente se deterioran, pero la Ciudad de Dios prevalecerá hasta el final. A medida que las naciones-estados europeos comenzaron a levantarse del colapso del Imperio romano, sus casas reales gobernaron por un derecho divino que fue afirmado por el papa cristiano. Los diversos reinos cristianos llegaron a conocerse como la cristiandad, un matrimonio geopolítico entre las naciones-estados y la Iglesia.

El ascenso del laicismo

El advenimiento del protestantismo provocó una crisis en los establecimientos políticos y religiosos de la cristiandad. Europa quedó dividida entre naciones católicas y protestantes y el conflicto religioso degeneró en una guerra por décadas, la cual terminó con la Paz de Westfalia (1648). Durante este tiempo, los buques mercantes europeos desarrollaron el comercio mundial viajando por los océanos, estableciendo colonias en África y las Américas y a menudo transportando misioneros cristianos. Muchos europeos emigraron a las colonias americanas en busca de la libertad religiosa. Nótese la ironía de europeos huyendo de la cristiandad en busca del libre ejercicio de la fe cristiana. Los pensadores de la ilustración europea comenzaron a imaginar una sociedad libre de gobiernos monárquicos y de la jerarquía eclesiástica. Este sentimiento queda expresado en las palabras del filósofo francés, Denis Diderot: «El hombre nunca será libre hasta que el último rey sea estrangulado con las entrañas del último sacerdote» (circa 1770). Este pensamiento inspiró las revoluciones norteamericanas y francesas. Durante este período surgió un nuevo concepto: la separación de la Iglesia y el Estado. Según esta perspectiva, la religión y la política son mundos distintos y separados. En la recién formada nación estadounidense, la primera enmienda protegía la libertad de culto de la intervención del nuevo gobierno federal (*La Constitución de los Estados Unidos*, 1789). En la Francia revolucionaria, las libertades religiosas estaban supeditadas al interés del Estado (*Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, 1789). El concepto de la separación de Iglesia y Estado ha llevado al surgimiento del laicismo, el cual concibe una sociedad política libre de las limitaciones de la expresión religiosa pública. En el Estado secular, la política pública es debatida y establecida de acuerdo con los preceptos científicos, minimizando las consideraciones religiosas.

Los cristianos en el mundo de hoy

En la actualidad, el pueblo de Dios vive y practica la fe cristiana en varias naciones-estados. Los diez países con mayor número de creyentes están distribuidos por las Américas (EE. UU., Brasil, México), Europa (Alemania), Asia (Rusia, Filipinas y China) y África (Nigeria, Congo y Etiopía). Si ampliamos nuestra búsqueda demográfica hacia los países y las regiones con menor número de cristianos, descubriremos que viven en sociedades que están influenciadas por otras religiones. Se estima que en las regiones budistas del oriente asiático (Japón, Vietnam, las Coreas, Camboya, Tailandia y Myanmar) viven unos 30.000.000 de cristianos. Se estima que otros 13.000.000 cristianos viven en las regiones musulmanas del Oriente Medio y el norte de África. Otros cincuenta y ocho millones residen en el sur de Asia, donde el hinduismo (India) y el islam (Pakistán e Indonesia) son dominantes.¹

La Iglesia de Dios (Cleveland, TN) tiene presencia en 185 países y territorios del mundo sumando casi cuarenta mil congregaciones locales y 7.5 millones de miembros. Por lo tanto, debemos tomar en cuenta la situación mundial y contextual de las interacciones entre la Iglesia y los estados. La relación entre las comunidades cristianas y sus naciones será muy distinta en lugares de intolerancia a lo visto en ambientes que gozan de la libertad de culto. Los cristianos fieles siempre deben anteponer su lealtad a la misión del Reino de Dios en todos los contextos políticos.²

La Iglesia es el primer fruto de la nueva creación, un pueblo nacido del Espíritu Santo y salvado de la corrupción de este siglo. La Iglesia representa una nueva humanidad libertada de la esclavitud al pecado y la muerte. La Iglesia en este siglo modela una nueva estructura social, «un camino nuevo y vivo», inaugurado por el señorío de Jesucristo (Hebreos 10:20; cf. Gálatas 3:26-

¹ *El futuro de las religiones mundiales: Proyecciones de crecimiento de la población, 2010-2050*. Centro de Investigación Pew, 2015. Internet: https://www.pewforum.org/2015/04/02/christians/pf_15-04-02_projectionstables63/

² Iglesia de Dios Misiones Mundiales. Internet: <https://cogwm.org/about/mission-stats/>

28). La Iglesia incluye, trasciende y transforma los paradigmas humanos, culturales, raciales y étnicos. El cuerpo de Cristo está compuesto por «toda tribu, lengua, pueblo y nación» (Apocalipsis 5:9; cf. Génesis 12:3; Hechos 3:25; 1 Pedro 2:9-10; Apocalipsis 7:9). La Iglesia ha declarado su única lealtad a Jesucristo como Rey de reyes y Señor de señores; por lo tanto, trasciende las diversas fronteras políticas e ideologías económicas de los reinos humanos. Los creyentes viven bajo monarquías, democracias y regímenes totalitarios con sistemas económicos capitalistas, socialistas y comunistas. La fe cristiana es tolerada en algunas regiones del mundo, mientras que en otras los creyentes son perseguidos y martirizados. Aun cuando la Iglesia existe en este siglo, los creyentes albergan la esperanza de la nueva creación. Su desafío es navegar la tensión de estar en el mundo, pero sin ser parte del mundo. En otras palabras, ¿cómo mantendrán su fidelidad a Jesucristo en medio de Babilonia? ³

«Mi Reino no es de este mundo»

Pilato y Jesús se enfrentaron como los representantes de dos reinos opuestos: Pilato al Imperio romano y Jesús al Reino de Dios. Jesús fue acusado de crímenes contra el estado romano (Juan 19:12). Cuando Pilato lo interrogó, Jesús declaró: «Mi Reino no es de este mundo; si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí» (Juan 18:36). Desde la caída de la humanidad los reinos de este mundo han derivado su autoridad del árbol del conocimiento del bien y del mal, es decir, han optado por su autonomía y desconocen a Dios (Génesis 2:9; 3-17). Los reinos de este mundo están permanentemente tentados por la idolatría y personas poderosas que se creen dioses por virtud de su poder, violencia y riqueza (Génesis 11:1-9). En todo el mundo los campos de batalla son

³ Todas las referencias de las Escrituras son de la *Nueva Biblia Estándar Americana* ©Copyright © 1995 por la Fundación Lockman.

sagrados y los guerreros son conmemorados. Dios ha juzgado a la civilización humana como bárbara: «Sus pies se apresuran para derramar sangre; destrucción y miseria hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos» (Romanos 3:15-18; cf. Isaías 59:7-8).

Los siervos de Cristo no establecen el Reino de Dios mediante coerción o violencia (Mateo 26:52-53). Jesús reina en virtud de su divinidad eterna (Salmos 2:6-7; Isaías 9:6-7; Daniel 7:13-14; Mateo 11:27; 26:64; 28:18; Efesios 1:20-22; Filipenses 2:9-10; Colosenses 2:10; 1 Timoteo 1:17; 1 Pedro 3:22; Apocalipsis 1:5). Jesús anunció la venida del Reino de Dios con un llamado al arrepentimiento y «libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos» (Mateo 4:17; Marcos 1:14-15; Lucas 4:18-19). Su Reino es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14:17). Lo ha establecido mediante el amor divino expresado por el sacrificio de Jesucristo. Sobre la cruz, el Cristo divino-humano soportó la totalidad de la violencia humana contra la humanidad y Dios. Con su resurrección aseguró la venida de «cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 Pedro 3:13; cf. Isaías 65:17; Apocalipsis 21:1). El Reino de Dios ha invadido al mundo mediante la resurrección del Hijo y el derramamiento del Espíritu Santo. La oración del Señor expresa el corazón de Dios en cuanto a que «venga su Reino» y «se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10). Como intercesor divino-humano, Jesús ora por sus discípulos, quienes no son del mundo, pero son enviados al mundo (Juan 17:13-19). Cristo comisiona a los cristianos por el poder del Espíritu Santo como su pueblo sacerdotal y profético en este siglo (Mateo 28:18-20; Marcos 16:15; Lucas 24:47; Hechos 1:8).

La vida en Babilonia

En la narrativa bíblica Babilonia representa a las naciones de este siglo que se oponen al Reino de Dios (Génesis 11:1-9; 1 Pedro 5:13; Apocalipsis 14:8; 16:19; 17:5; 18:2, 10, 21). El

derramamiento del Espíritu Santo sobre toda carne significa que el Espíritu está moviéndose a través de las ciudades, dominios y culturas del mundo (Isaías 11:9; 40:5; 52:10; Joel 2:28; Habacuc 2:14). La obra creadora-redentora del Espíritu significa que el Espíritu da a luz al Reino de Dios dentro del dominio de Babilonia. La presencia de la Iglesia en todo el mundo es la promesa de la Nueva Creación. El Espíritu Santo trabaja para promover el florecimiento humano entre todos los pueblos, incluso aquellos que no son conscientes de la obra de la gracia de Dios en medio de ellos. Así como Dios hace que el sol y la lluvia nutran a los justos e inicuos por igual, también el Espíritu de Dios penetra las tinieblas de las naciones para sembrar las semillas del florecimiento y la redención humanas (Mateo 5:45; Juan 1:1-5; 1 Juan 2:8).⁴

Los primeros seres humanos, Adán y Eva, fueron creados a imagen de Dios con la encomienda de «llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad» (Génesis 1:28; cf. Génesis 2:15). Dios ordena el gobierno humano y todos los gobernantes son sus siervos (2 Crónicas 36:22-23; Esdras 1:2; Isaías 45:1; Romanos 13:1, 6; Colosenses 1:16; 1 Pedro 2:13). Las fronteras nacionales quedan establecidas y los gobiernos suben y caen por decreto de Dios (Deuteronomio 12:38; Job 12:23; Jeremías 27:5-7; Daniel 4:17, 25; Hechos 17:26). El gobierno tiene como fin el establecimiento de un orden civil que refleje la justicia y rectitud de Dios y promueva la paz y el florecimiento de la humanidad. Sin embargo, debido al estado caído de la humanidad, ningún gobierno de este siglo ejemplifica al Reino de Dios. Los gobiernos humanos resisten al Espíritu Santo y los gobernantes humanos no reconocen a Jesucristo como «el soberano de los reyes de la tierra» (Apocalipsis 1:5; cf. Juan 3:19; Hechos 4:26; Apocalipsis 17:14). Ni siquiera las naciones-estados europeas de la cristiandad gobernaron de acuerdo con la ley del amor (Santiago 2:8). Las

⁴ Steven M. Studebaker, *Una teología política pentecostal para la renovación americana: Espíritu de los reinos, ciudadanos de las ciudades* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2016), 5, 7, 141, 173, 203, 224.

naciones del mundo han sucumbido a la tentación de la idolatría, la inmoralidad y la codicia de la gran ramera de Babilonia (Apocalipsis 14:8; 17:2; 18:3, 9). Por lo tanto, la fidelidad del cristiano al Reino de Dios debe atemperar su patriotismo nacional y lealtad a los partidos políticos.

Los cristianos son el pueblo escogido de Dios, esparcidos como extranjeros por los territorios de Babilonia (1 Pedro 1:1; cf. 1 Pedro 2:11; Santiago 1:1). Los cristianos viven como exiliados. Cada comunidad cristiana es una colonia dependiente de la nueva creación cuya ciudadanía primaria radica en la Nueva Jerusalén (Filipenses 3:20). Las naciones del mundo nunca serán la patria cristiana porque los creyentes fieles anhelan la ciudad «cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hebreos 11:10; cf. Gálatas 4:26; Hebreos 11:16; 12:22, 28; Apocalipsis 3:12; 21:2, 10). Como extranjeros y peregrinos en Babilonia deben «buscar el bienestar de la ciudad» (Jeremías 29:7). Jesús dijo que sus siervos debían «dar a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios» (Marcos 12:17; cf. Mateo 22:21; Lucas 20:25; Romanos 13:7). Jesús no estaba sugiriendo que el emperador y Dios merecen la misma devoción; no estaba sancionando a Roma ni reconociendo los alegatos de divinidad del César. Jesús estaba instruyendo a sus discípulos sobre la manera en que debían vivir como una minoría oprimida en Babilonia (cf. Mateo 5:38-48). Como extranjeros residentes, los cristianos deben pagar impuestos, honrar a los funcionarios gubernamentales, orar por los están en autoridad y hacer todo lo posible por vivir en paz con todos (Romanos 13:1-6; cf. 12:17-18; 1 Pedro 2:11-17).

Como el pueblo de la nueva creación, los cristianos son los representantes autorizados del Reino de Dios como «embajadores de Cristo» y «ministros de reconciliación» (2 Corintios 5:17-21). El mensaje del Reino de Dios quizás suene insensato y ofensivo, pero los cristianos deben proclamar el mensaje de Jesús con entusiasmo, valentía y fidelidad ante las potencias y autoridades de este mundo actual (Romanos 1:14-16; 1 Corintios 1:23; 1 Pedro 2:8). Los cristianos también

deben procurar servir a los gobiernos nacionales y locales, siempre y cuando dicho servicio no comprometa su renovada conciencia (Hechos 24:16; Romanos 12:2). Naamán, el comandante sirio que sufría de lepra, confesó su lealtad al Dios de Israel después de haber sido sanado. Como siervo del rey sirio, sabía que su presencia sería necesaria cuando el rey adorara en el templo de Rimón, el dios nacional sirio. Naamán sugirió que su presencia sería una formalidad y pidió un perdón al respecto. El profeta Eliseo le aseguró con las palabras: «Ve en paz» (2 Reyes 5:18-19). Los cristianos deben respetar las costumbres religiosas de sus semejantes sin que pongan en entredicho su fidelidad a Cristo. Daniel fue fiel a Dios en su servicio de excelencia y sabiduría a los reyes babilonios y persas (Daniel 1:8, 20; 2:48). Algunos creyentes del siglo I servían a la casa de César (Filipenses 4:22). Los cristianos que tienen el privilegio de servir en lugares de autoridad deben influenciar las políticas públicas para que la justicia del Reino de Dios prevalezca en este siglo, para que los oprimidos y privados sean protegidos y todos los seres humanos reciban un trato digno e igualitario desde la concepción hasta la muerte natural (Génesis 18:19; Isaías 1:17; Jeremías 22:3; Miqueas 6:8; Mateo 25:31-40; Hebreos 13:1-6). Los cristianos deben en todo momento su lealtad al Reino justo de Dios (Mateo 6:24, 33).

«Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres».

En este siglo, los gobiernos humanos sucumben a la idolatría de querer convertir a la religión en una herramienta del Estado. En los gobiernos seculares, el bienestar del Estado es preeminente. El espíritu de Babilonia insiste en la autonomía, el logro y la deificación humanas (cf. Génesis 3:5; 11:1-9; Salmo 82:6; Isaías 14:14; Ezequiel 28:2, 9; 2 Tesalonicenses 2:4; Apocalipsis 13:1-18). La autodeificación del Estado queda ilustrada en la imagen de oro que Nabucodonosor erigió para declararse dios. Todos los súbditos de su imperio debían adorar la imagen. Pero tres hombres hebreos (Sadrac, Mesac y Abednego) se negaron a inclinarse ante el

ídolo babilónico. Aunque servían bajo la administración real, se negaron a deificar a Nabucodonosor (Daniel 3:1-18). Del mismo modo, Daniel se negó a entregarle su lealtad absoluta al rey Darío, el medo (Daniel 5:1-13). Ningún gobernante humano es digno de lealtad absoluta.

Mucho antes en la narración bíblica, cuando el faraón de Egipto ordenó la ejecución de todos los bebés varones hebreos, «las parteras temieron a Dios y no hicieron como les mandó el rey de Egipto, sino que preservaron la vida a los niños» (Éxodo 1:17). Durante los días de la iglesia primitiva, los apóstoles tenían prohibido que anunciaran el Evangelio de Cristo. Declararon: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5:29). En Tesalónica, los cristianos fueron acusados de «contravenir los decretos de César» (Hechos 17:7). La sumisión al señorío de Jesucristo obliga a los creyentes a que resistan el mal en el mundo (Romanos 12:21; 1 Tesalonicenses 5:15; 3 Juan 11).

El Reino de Dios está en conflicto espiritual con los poderes y principados de este siglo (Efesios 6:12). Aun cuando los cristianos se esfuerzan por ser residentes piadosos de las naciones del mundo, se nos exhorta: "No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo» y «que quiera ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios» (1 Juan 2:15-17; cf. Santiago 4:4). Jesús dijo: «... porque no sois del mundo, ..., por eso el mundo os odia» (Juan 15:19). El espíritu de Babilonia se esfuerza por «hacer guerra contra los santos, y vencerlos» (Apocalipsis 13:7). Los gobiernos opresivos perseguirán a los discípulos de Cristo. Jesús declaró: «El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mateo 11:12). Ante la persecución, los cristianos deben estar preparados para defender el Evangelio bajo la inspiración del Espíritu Santo (Marcos 8:38; Lucas 12:11-12; 21:12-19; Romanos 1:16; 1 Pedro 3:15).

Jesús ha «despojado a los principados y las autoridades» y «triunfado sobre ellos» mediante su muerte, resurrección y ascensión (Colosenses 2:15). Todas las autoridades humanas están

sujetas al gobierno de Cristo y cuando regrese en poder y gloria, los gobernantes de la tierra serán juzgados y se inclinarán ante Cristo como Rey y Señor (Salmos 2:9; 9:19; 67:4; 82:6-8; 96:10; 110:6; Isaías 2:4; 45:23-24; 60:12; Jeremías 25:31; Ezequiel 39:21; Daniel 2:44; 4:34; Miqueas 4:3; Zacarías 14:9; Hageo 2:6-7; Hechos 10:42; 17:31; Romanos 14:11; Filipenses 2:9-11; Hebreos 12:25-28; Apocalipsis 6:12-17; 11:18; 14:8; 17:14; 18:2).

Resumen

El propósito del gobierno es el establecimiento de un orden civil que refleje la justicia de Dios, promueve la paz y el florecimiento de la humanidad. La Iglesia incluye, trasciende y transforma los paradigmas culturales, raciales y étnicos humanos. Los cristianos viven en monarquías, democracias y regímenes totalitarios con sistemas económicos capitalistas, socialistas y comunistas. La fidelidad del cristiano al Reino de Dios debe atemperar su patriotismo nacional y lealtad a los partidos políticos.

Recursos para un estudio más profundo

Agustín, Daniela C. *El Espíritu y el Bien Común: Florecimiento compartido en la imagen de Dios*.

Grand Rapids: Eerdmans, 2019.

Colson, Charles. *Dios y el gobierno: Una visión privilegiada sobre los límites entre la fe y la política*. Grand Rapids: Zondervan Publishing, 2007.

Ellul, Jacques. *La política de Dios y la política del hombre*. Eugene, OR: Wipf and Stock Publishers, 2012.

Studebaker, Steven M. *Una Teología Política Pentecostal para la Renovación Americana: Espíritu de los Reinos, Ciudadanos de las Ciudades*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2016.

Volf, Miroslav. *Un público: Cómo los seguidores de Cristo deben servir al bien público*. Grand Rapids: Brazos Press, 2011.